

Entre Valladolid y Santiago

Jesús MARÍA PALOMARES

Universidad de Valladolid
jmpalom@fyl.uva.es

Antes de nada quiero aplaudir esta iniciativa de Octavio Ruiz Manjón y agradecerle la gentileza de asociarme al merecido homenaje que ahora rendimos a nuestro entrañable compañero y amigo Javier Tusell. Y hacerlo con cierta originalidad: recordando la peripecia personal que, como miembro del grupo que él encabezó, nos incorporó al estatus de agregados / catedráticos de historia contemporánea en un tiempo concreto —la segunda mitad de los años setenta— cuando adquirimos el compromiso investigador y docente en diversas universidades españolas. Cada uno con nuestra historia personal. Desde orígenes diferentes, que nos obligan a rescatar del olvidado nuestro album fotográfico del pasado.

En mi caso, hasta llegar al *punto de convergencia* (acceso a la agregación y cátedra), considero ineludible trocear estos recuerdos, al menos, en tres tramos. El primero, de preparación/formación que condujeron al doctorado. Tan lejos ya, adquiere visos de «prehistoria» personal y profesional. Otro tramo intermedio, abarca los primeros pasos de la carrera docente. Y, por fin, el ingreso en la máxima categoría del escalafón en la carrera universitaria. Seguiré paso a paso esta periodización doméstica como hilo conductor y engarce de cuantos recuerdos afloran ahora en mi memoria.

Por cuanto sigue, resulta fácil interpretar los senderos hollados hasta recaer en la historia contemporánea. Cierto, en mi acercamiento e interés por la Historia, sin más precisiones, advierto dos etapas coincidentes con la carrera eclesiástica y la posterior licenciatura civil, que inicié sin haber concluido aquella. Confieso que, en ambos casos, las enseñanzas recibidas o mejor el modo de impartirlas —y ahora sí que me refiero a la historia contemporánea— me resultaron poco estimulantes, sin provocar una vocación definida en pro de la época contemporánea. Sin embargo, mientras cursé los estudios teológicos en la facultad salmantina, suplió este desamparo la ejemplaridad del historiador dominico Vicente Beltrán de Heredia. Fue quien me permitió consultar su arsenal de microfilmes de los archivos vaticanos y recibir orientaciones metodológicas, así como pistas útiles para reconstruir el pasado de la historia eclesiástica. Este portillo abierto contribuyó a que sacrificara las cortas vacaciones estivales para cursar como alumno libre los dos primeros años (comunes, 1957 y 1958) de la licenciatura de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid. En esa ciudad estudié el bachillerato y aprobé la reválida antes de ingresar en la orden dominicana.

Tras obtener la licenciatura en teología, fui destinado a Valladolid para terminar la carrera recién comenzada. Sin saberlo, estaba predestinado a ejercer la docencia en algún centro de enseñanza media. Había razones para ello. En los años cincuenta también los dominicos entraron en liza abriendo colegios, aunque el catálogo de estos centros fuera reducido. Aunque por entonces algunos denunciaban esta actividad como ajena al carisma dominicano, el *boom* vocacional en la España de los años cincuenta junto con la demanda educativa asociada a la cultura nacionalcatólica del franquismo emparejaron fácilmente este campo con otros exclusivos y tradicionales desde siglos atrás: la presencia apostólica y cultural en Latinoamérica y Extremo Oriente, la predicación, el cultivo y enseñanza de la filosofía y teología en las universidades y estudios generales propios, siempre mimados como dedicación preferente.

Excepto los años que pasé en la universidad de Santiago de Compostela, desde 1960, la universidad vallisoletana y su Facultad de Filosofía y Letras se convertirán en mi referente científico. Hasta culminar la licenciatura (sección de Historia), recuerdo los tres últimos cursos, como un periodo con bastantes vigili-
as y ansioso aprovechamiento de las horas. Debía distribuir la jornada matutina entre atender el ministerio sacerdotal, antes y después de asistir a las clases en la facultad y, como suplemento vespertino, enseñar en varios colegios de la ciudad. La juventud permitía este pluriempleo descarado. A buen entendedor, todo me hacía sospechar que mi próximo destino sería un colegio. No fue así y de ello me alegro, porque así pude entregarme de lleno al quehacer universitario, sin excluir los cargos y servicios académicos que desempeñé casi sin interrupción desde 1976 en las dos universidades antes citadas.

En el curso 1959-60 la Universidad de Valladolid cobijaba en su distrito además de su provincia, las de Burgos, Palencia, País Vasco y Cantabria; sólo en 1969 y 1972 comenzaron a emanciparse del distrito estas dos últimas poblaciones. A pesar de tan extenso dominio, al comenzar los sesenta, el censo estudiantil de las cuatro facultades (Medicina, Derecho, Ciencias y Letras) apenas rebasaba los tres mil alumnos. Será durante el decenio 1965-1975 cuando todos los centros experimenten un notable despegue en matrícula, nuevas titulaciones y especialidades. Aunque todavía lejos de la masificación y problemas de los años siguientes, ya en 1975 la matrícula de Letras alcanzó la cifra de dos mil quinientos estudiantes.

Pero tres lustros antes, los estudiantes de mi promoción éramos veinticinco (los años precedentes fueron menos). Todos éramos conscientes de las hipotecas impuestas por el régimen, como la obligatoriedad de pertenecer al sindicato único que, por cierto, según denuncia el mismo jefe seuista del distrito en aquel curso presentaba un estado lamentable e inactivo en la mayoría de los centros. Era así, pero incluso mientras este letargo, salvo en sueños nadie presumía la pronta llegada del asociacionismo estudiantil libre. Y menos, como sucederá después, capaz de servir de caballo de troya para oponerse al régimen. Ser pocos potenció el compañerismo (que añoramos año tras año al reunirnos y desgranar nuestro anecdotario) y la colaboración cuando, en su caso, era preciso salvar las dificultades de cualquier índole. Eran pocas. La mayoría consistía en distribuir las cargas de com-

pletar programas y preparar los exámenes finales. A veces, la tarea era achicar lagunas, que hoy resultan increíbles pero ciertas. Lamentablemente, los más perjudicados fueron los programas de historia contemporánea universal y de España, sobre todo cuando no trascendían sus exposiciones, eso sí muy detalladamente, del imperio napoleónico (calco de los libros de Lavissee y Rambaud, casi única referencia bibliográfica citada) o cuando la historia contemporánea de España tenía por frontera la crisis de la Restauración. Qué mano nos echaron los manuales recién publicados por la editorial Espasa y, en concreto, el escrito por el anterior titular de la cátedra, profesor Palacio Atard, que ya pertenecía al claustro de la universidad madrileña. Su texto o el de Antigua y Medieval del catedrático Luis Suárez, sobresalían como flamantes novedades entre los escasos libros de la biblioteca accesible a los estudiantes. Los Seminarios distribuidos en locales del antiguo colegio de Santa Cruz fundado por el cardenal Mendoza (ahora sede del rectorado, negociados, biblioteca general y los seminarios de Letras y Derecho) eran guetos exclusivos de profesores y posgraduados.

Puesto que la licenciatura carecía de especialidades, tras aprobar todas las asignaturas, el trabajo ulterior de la tesina otorgaba al mismo tiempo el grado de licenciado e indirectamente una cierta especialización o, al menos, índice de preferencias. En mi promoción, algunos preferimos la tutela exigente y magisterial del catedrático de Historia del Arte José María de Azcárate. Cuando éste asumió la tarea de dirigir, sucesivamente, la tesina de licenciatura y tesis doctoral, se abrió el *sancta sanctorum* del departamento y también el nuevo camino.

Mi residencia y pertenencia a la orden dominicana fueron determinantes a la hora de elegir el tema a investigar: la historia del convento de san Pablo, cuyos frailes llegaron a Valladolid en 1276 y, tras el paréntesis exclaustador, restauran en la ciudad la actividad conventual en el último decenio del siglo XIX. A pesar de su relevancia espiritual, universitaria, misionera y apostólica, el convento carecía de un estudio serio, más allá de apuntes eruditos y localistas, capaz de reconstruir su espléndido pasado, la defensa de sus derechos frente a los cenobios hermanos de Salamanca y del también pinciano Colegio de San Gregorio, cuya historia alumbró Gonzalo de Arriaga. Al fin y al cabo, por la historia conventual vallisoletana desfilaron personalidades (los Torquemada, Alonso de Burgos, Bartolomé de las Casas, Luis de Granada, Vitoria, García de Loaysa), confesores regios, catedráticos de la universidad castellana, en su sede tienen lugar importantes debates teológicos, grandes celebraciones, el templo servirá como referente artístico, la comunidad mantiene vínculos con la corte y la ciudad, sostiene un importante estudio general, dispone de un nutrido núcleo de benefactores... Por tanto, quedaba mucho por hacer. De ahí que la complejidad y amplia historia aconsejara acotar el panorama investigador, prefiriendo la perspectiva artística con especial atención al patronato ejercido por el Duque de Lerma; todo ello, sin eludir los siglos anteriores, actividades y presencias... El establecimiento de la Corte en la ciudad del Pisuerga, el nacimiento y bautismo en la iglesia dominicana del futuro Felipe IV (1605), donde en 1527 recibiera las aguas bautismales Felipe II, era algo más que simples anécdotas del prestigio y quehacer conventuales.

En plena faena investigadora, el catedrático Azcárate accedió a la universidad Complutense, aunque sin abandonar la vigilancia del trabajo hasta culminarlo con la defensa de la tesis doctoral. Recuerdo que al notificarme el traslado, me ofreció colaborar con él en su nuevo destino. Sin embargo, obligado a permanecer en Valladolid, quemé las naves de acompañarle, circunstancia que en principio lamenté y cambió mi rumbo académica e investigadora hacia otras áreas de conocimiento.

En realidad fue una decisión sincrónica a la incorporación de Luis Miguel Enciso como nuevo catedrático de Historia Moderna y Contemporánea en la misma Facultad de Letras. Al brindarme la oportunidad de colaborar en el departamento, comenzaba mi itinerario hacia la historia contemporánea.

De esta suerte traspasaba el umbral de la carrera docente para insertarme en el ámbito universitario. Fue en octubre de 1965 cuando recibí el primer nombramiento de ayudante de Historia Moderna y Contemporánea. Dos años después, previo concurso interno, desempeñé al cargo de adjunto interino y, desde 1970, numerario. Sin pausa, este decenio (1965-1975) marcó mi futuro quehacer docente e investigador hacia la órbita contemporánea. Puesto que la cátedra y departamento eran responsables de ambas edades, convenía repartir las disciplinas entre los dos nuevos adjuntos (el otro era Teófanos Egido que optó por la moderna), aunque en nuestra primera oposición el tribunal no tuvo presente este pacto y debimos demostrar cuanto sabíamos de los programas y temas sorteados de ambas edades. Desde el primer momento, ambos comprendimos que para atender las obligaciones docentes era perentorio actualizar conocimientos y asimilar las últimas corrientes historiográficas, que, según confirmaron las colecciones y monografías disponibles en el departamento, evidenciaban una clara preferencia por las corrientes francesas en la historia universal. En efecto, los historiadores galos eran los más consultados y recomendados, en versión original, o pocas veces traducidos, de los sellos editoriales PUF, Armand Colin, Hattier, etc., a través de colecciones, por ejemplo: *Peuples et civilisations*, *Histoire générale des civilisations*, *Clio*, *Nouvelle Clio*... Por nuestra parte, aprovechamos los viajes al país vecino para adquirir los apuntes todavía en ciclostil de los principales cursos de La Sorbona. Idéntica procedencia tuvieron las colecciones de comentarios de textos, atlas históricos, mapas y gráficos, que los profesores del departamento incorporamos en las clases prácticas y exámenes, y sin tardar muy frecuentados como didáctica indispensable en otras disciplinas. Otros eran los recursos bibliográficos disponibles para enseñar la historia contemporánea española. Aunque años después seguirá creciendo este patrimonio, entonces era un privilegio disponer de las grandes obras colectivas, monografías y manuales universitarios escritos por especialistas españoles, que contribuyeron muy eficazmente a la necesaria renovación de la enseñanza.

Simultáneo al ejercicio docente fue el despegue investigador, todavía en la encrucijada de las edades moderna y contemporánea. Fue aquella una etapa enriquecedora cara a los años inmediatos. Sin parecido respecto a la fase estudiantil. Participar en el departamento y aprovechar los consejos de los expertos allí recibidos era una oportunidad impar. Era la ocasión de hacer nuestra aportación per-

sonal. Era inevitable, si tenemos en cuenta las dos áreas del departamento, así como la especialización de sus directores y colaboradores principales, singularmente en el siglo XVIII español. Con todo, un reparto interno con el compañero de adjuntía, Teófanos Egido, favorecerá mi dedicación preferente a la contemporaneidad. Prueba del arrastre modernista son los títulos de tres libros impresos entonces: *El patronato del duque de Lerma sobre el convento de san Pablo* (1970), *Imprenta e impresores en el siglo XVIII* (1974), *La asistencia social en Valladolid. El Hospicio de Pobres y Real Casa de Misericordia (1724-1847)*, publicado en 1975; estos últimos gestados desde los proyectos «La imprenta castellana en el siglo XVIII» y «La asistencia social en las edades moderna y contemporánea», como anticipo de la historia social, cultural y política dominantes en mis ponencias, comunicaciones, artículos y libros. Desde entonces la apuesta por la historia contemporánea española era definitiva. También el proyecto futuro consistente en elaborar la memoria, programas de las disciplinas de historia contemporánea universal y de España, tal y como exigía la convocatoria para acceder al cuerpo de agregados. Mi siguiente libro *Temas vallisoletanos. Siglo XIX* (1976), publicado en vísperas de concurrir a la oposición, clausura la etapa anterior. Sin eludir otros periodos, desde ahora mi interés fundamental serán los asuntos y problemas del siglo XX.

Antes de seguir, conviene desandar algo del camino y recordar —porque enlaza con el grupo aglutinado por estos recuerdos— nuestra coincidencia como espectadores de las oposiciones celebradas en 1974 y 1975. Tenían lugar en la sede del Consejo de Investigaciones en la madrileña calle de Medinaceli convertida en *punto de encuentro* —también lo fueron las esperas mantenidas en los salones del *Palace*— con los colegas que en los años inmediatos ingresamos en el cuerpo de agregados en diferentes universidades españolas. Estos primeros contactos e informaciones eran importantes para quienes residíamos en universidades «periféricas» y esperábamos la publicación en el BOE de la próxima convocatoria nacional de plazas de agregados. Firmar la solicitud era un rito o publicidad de cuantos reunían los requisitos para concursar, aunque el catálogo de participantes mermase de forma considerable el día de comenzar las pruebas. Que ahora recuerde, las oposiciones ganadas por los profesores La Cierva y Tusell fueron las que concitaron mayor expectación y a las que asistimos como prueba de compañerismo para los concursantes y, al mismo tiempo, observar las incidencias del rosario de pruebas-tipo establecidas en estos concursos: exposición de méritos, memoria docente, lección magistral, defensa de una lección del programa elegida por el tribunal mediante sorteo, ejercicios prácticos, temas anunciados con un plazo breve... Además de estos dos primeros triunfadores, allí nos conocimos quienes concurren a las siguientes convocatorias y pasamos por la «puerta estrecha» dejando de ser meros observadores (Andrés-Gallego, Balcells, Termes, Fusi, Ruiz-Manjón, A. Fernández, Aróstegui, Martínez Carreras, Martínez Ruiz, Victor Morales...) Junto a los catedráticos que todos reconocíamos como maestros, pronto volveríamos a encontrarnos en congresos, jornadas, tribunales de oposiciones o de tesis doctorales. Ahora investidos de nuevas responsabilidades, pero también libres del estrés que conllevaban las oposiciones.

Durante varias semanas los siete concursantes fuimos superando las pruebas hasta la sesión final de que, por fin, concluyó el 2 de abril de 1976. Poco después, me incorporé como agregado a la plaza vacante en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Santiago. En esta misma universidad desde julio de 1979 tomé posesión de la cátedra y, por concurso de traslado, en octubre de 1982 retorné a mi universidad de origen. Este sexenio (1976-1982) resume el tiempo delimitado para estos *recuerdos*. Pero, en mi caso, desde los lares compostelano y vallisoletano, confirman el empeño por ahondar en la comprensión de la realidad contemporánea. Frenando cualquier atisbo vanidoso, apuntaré sobre lo dicho páginas atrás cuáles fueron las directrices incoadas en este periodo y que, hasta ingresar en la categoría de emérito, he procurado mantener.

Cuando llegué a la universidad compostelana, el departamento de historia contemporánea carecía de profesores numerarios, porque la anterior catedrática se trasladó a la universidad de Salamanca. Un vacío de casi once años durante los cuales el catedrático de historia moderna asumió responsablemente la carga, quien desde el primer momento colaboró conmigo en el traspaso de funciones. Por fuerza este largo paréntesis afectó al área de contemporánea, pero la exquisita acogida que me dispensaron los colegas facilitó la tarea. Mucho más cuando el recibimiento se convirtió en confianza y afecto, la que depositaron en mi persona dos rectores al nombrarme secretario general de la institución, y más tarde la junta de la Facultad de Geografía e Historia al elegirme su decano. Fueron unos servicios que gustosamente presté a la Universidad de Santiago, luego prolongados durante los doce años (1984-1996) que ejercí la secretaría general en la Universidad de Valladolid y la vocalía del consejo social desde su nacimiento.

El tiempo que trabajé en la universidad compostelana coincide con los primeros tramos de la transición democrática en España. Un tiempo preñado de ilusiones en la sociedad española y vividos apasionadamente en todos los centros universitarios de Galicia. Todo repercutía en los claustros y casi a diario. Cuando se producía el retorno a casa de estudiantes detenidos o expedientados, mermaba la asistencia a clase. Diversas reivindicaciones estuvieron a la orden del día: uso del idioma gallego en los exámenes, participación estudiantil en los órganos colegiados, asambleas, oficialización de las primeras asociaciones, comunes a otras universidades y facultades. No todas encontraron siempre idéntica y pronta respuesta, pero, desde luego, por parte del equipo decanal que presidí procuramos dialogar y avanzar buscando la concordia ante situaciones conflictivas. Al igual que en todo el país, 1977 abrió un prolongado proceso electoral, con el añadido aquí del referéndum del Estatuto de Autonomía y primeros comicios autonómicos. Siempre con las reclamaciones por delante, los partidos de obediencia estatal y las formaciones nacionalistas buscaron avales en la comunidad universitaria, bien incorporando docentes en sus listas electorales, bien reclamando el voto y, si fuera posible, la afiliación en alguno de los muchos partidos legalizados entonces. Según dijimos, estas circunstancias y otras netamente escolares impactaron en el diario acontecer de la institución. A veces, con excesos. La ocupación violenta de nuestra Facultad durante varias semanas, a modo de *revival* del 68, rompió la concordia e imposibilitó la vida normal del centro y de sus departa-

mentos. Poca cosa para quienes en febrero de 1975 habíamos sufrido el castigo del ministro Cruz Martínez Esteruelas clausurando todos los centros universitarios de Valladolid, sin conseguir atemorizar a los estudiantes en los estertores del tardofranquismo. Como secretario general y responsable del ritual universitario presencié en primera fila el boicot orquestado a Camilo José Cela en la ceremonia de su investidura como doctor *honoris causa* en el paraninfo universitario. También las resistencias del vecindario al primer establecimiento del *numerus clausus* en la facultad de Medicina. Todo derivó en una interminable junta de gobierno concluida después de medianoche, cuya atípica solución recibieron los familiares de los alumnos apostados a las puertas del rectorado. Otro susto que no olvidaré fue cuando, mientras trabajaba en mi despacho del departamento, recibí la oprobiosa noticia del golpe del 23F.

Hoy, al recordar estos y otros muchos episodios, reconozco que la institución universitaria mantuvo el tipo y nuestro departamento de historia contemporánea cumplió sus compromisos. Primero, cuando me tocó asumirlos como responsable principal; después, durante unos meses, en compañía del catedrático Juan José Carreras, que enseguida partió hacia la Universidad Autónoma de Barcelona. Siempre manifesté, y ahora lo reitero, que mi experiencia universitaria en Santiago fue una suerte y enseñanza utilísima en los años venideros. Merecía la pena entrar en la facultad a las ocho de la mañana y retirarme horas después de haber anochecido. Las primeras gestiones consistieron en formar un equipo y un plan dinamizador del departamento. A los dos primeros colaboradores que me recibieron y hasta entonces soportaron la carga docente (Barreiro, Pose), enseguida se incorporaron Ramón Villares, Carmen F. Casanova, Isaura Varela. Xosé Ramón Barreiro y Ramón Villares inauguraron la orla de doctores en historia contemporánea, tras defender sus tesis dirigidas por el catedrático Antonio Eiras. Asimismo, serán los primeros adjuntos numerarios (poco después, catedráticos), responsables del departamento desde mi regreso a Valladolid y autores pioneros de manuales e historias contemporáneas de Galicia. Los demás compañeros del primer equipo consolidarán sin tardar su puesto en la carrera universitaria. Desde hora temprana procuramos que el departamento dispusiera de los fondos bibliográficos indispensables e iniciamos una sección germinal de temas gallegos. Pusimos a punto un nuevo registro de tesina y tesis de historia contemporánea de Galicia. Así comenzamos la tarea de escudriñar los fondos documentales existentes en las principales instituciones partiendo de los archivos más cercanos: Universitario, Diocesano, Municipal de Santiago, de Ferrol, de A Coruña, del Reino de Galicia, Fundación Penzol, Hemerotecas... El resultado inmediato se plasmó en las tesinas elaboradas en este periodo con mi acompañamiento y, más en concreto, las que cuajaron inmediatamente en tesis doctorales / libros, cuya autoría pertenece a los profesores; X. Castro, P. Rodríguez, C. Velasco, I. Varela, J. Beramendi: (*O nacionalismo galego na Segunda República; Reforma de la estructura agraria en Galicia; Literatura y sociedad en Galicia (1875-1900); La Universidad de Santiago (1898-1936); El nacionalismo gallego en el primer tercio del siglo XX*). Investigador principal de dos proyectos (Sociedad y política en Galicia, 1900-1936 y La Comisión de Reformas Sociales

en Galicia) junto con Carmen F. Casanova publicamos en la imprenta universitaria la monografía *La Comisión de Reformas Sociales y la cuestión social en Ferrol, 1883-1903*. Como resultado de investigaciones en los fondos arriba citados pude aportar en revistas científicas artículos sobre: El arzobispo Rajoy y los orígenes del Hospicio de Pobres de Santiago; Prensa periódica y política en Galicia; La política española y las ofrendas al apóstol Santiago, El Círculo Católico de Obreros de Ferrol; Condición obrera, conflictividad y asociacionismo en Santiago; Conflictividad y movimiento obrero en Galicia... También colaboré en las jornadas de Historia de Galicia organizadas por el Colegio Universitario de Ourense y en la naciente *Enciclopedia Gallega*, sin echar en olvido la proyección del departamento en otros campus (en Vigo: ciclo de conferencias con motivo del centenario de la Restauración; en A Coruña: para conmemorar el cincuentenario de la Segunda República). Ojalá esta fugaz relación sirva como recuerdo agradecido a mis amigos y colaboradores de Galicia y como muestra de intenciones y, en su caso, de realizaciones en el estreno de la agregación y cátedra.

Cuando, al finalizar octubre de 1982, regreso a Valladolid, nada me era desconocido. Volvía al departamento ejemplarmente pilotado por mi maestro Luis Miguel Enciso, aunque a punto de trasladarse a la Complutense. El departamento mantenía emparejadas las áreas moderna (como especialidad dentro del plan de estudios) y contemporánea, compartiendo una rica biblioteca y proyectos. Sin embargo, cada vez era más notoria la proclividad del alumnado por la historia contemporánea. Asentado este nuevo panorama, que en años sucesivos experimentará notable despegue en profesores, colaboradores y tesis doctorales que, en mi caso, ratificaban los criterios experimentados en la Universidad de Santiago; a saber: trabajar en equipo y aprovechar, junto con los archivos nacionales y regionales, los depósitos documentales próximos apenas utilizados (archivos de Chancillería, histórico provinciales, universitario, diocesanos, municipales, privados, de partidos e instituciones) para alumbrar la historia regional contemporánea, sus nexos y aportaciones a la vida nacional y certificar las hipótesis de trabajo. Por muchas razones, Valladolid era modelo para comprobar la influencia en otras provincias castellanas y pilotar reivindicaciones fuera de la región. Dos muestras avalan el afán de implicar a los profesores del departamento en obras colectivas: *Historia del mundo contemporáneo*, manual de orientación universitaria (Anaya, 1978, 1983), y el libro *La Comisión de Reformas Sociales y la condición obrera en Valladolid* (1985). El otro empeño consta en la dirección de una veintena de tesis sobre la realidad regional y local que también ha contado con mis aportaciones personales, sobre todo en los libros: *Valladolid 1900-1931* (tomo VII de la Historia de Valladolid, 1981); *El siglo XX* (tomo X de la Historia de Castilla y León, 1986); coordinador de la *Historia de la Universidad* (1989); *El socialismo en Castilla* (1988); *El asociacionismo minero en el primer tercio del siglo XX* (1992); *La dictadura de Primo de Rivera en Valladolid* (1993); *La Segunda República: agrupaciones y partidos políticos* (1996); *La guerra civil en la ciudad de Valladolid: entusiasmo y represión en la 'capital del alzamiento'* (2001); *La guerra civil en Palencia: la eliminación de los contrarios* (2002); *El*

primer franquismo en Valladolid (2002); director y colaborador de la *Historia contemporánea de Burgos* (tomos V, VI, VII). Aquí detengo mis reflexiones. Ir más allá supera el propósito inicial. Seguro que los veinte últimos años ofrecen otros perfiles en mi vida académica. Sin duda, lejos del prestigio y de la obra incomparable de Javier Tusell, referencia y ejemplo obligados para mí y para cuantos siguen trabajando conmigo. Ese es mi homenaje y mi reconocimiento.

Valladolid, abril 2005